

AHORA, APAGANDO EL PITILLO EN EL MÁRMOL DE LOS VELADORES DEL LITERARIO CAFÉ DE GIJÓN

Manuel Alvarez Ortega, listas de autores y libros en las páginas finales de los tomos de “Adonais” (a diez pesetas ejemplar), preguntas a Francisco, Paco Brines, un chico de tercero, cuarto curso de Derecho que llevaba pendiente el Administrativo y me dijo leer a Juan Ramón, a Cernuda, a un poeta muy bueno que vivía en Madrid y se llamaba Vicente Aleixandre.

—Oye, ¿es muy bueno Alvarez Ortega?

Valencia, otoño, columnas del patio central de la Universidad, la greña negrísima sobre la frente muy tostada de sol de Paco Brines, del que algunos sabían que escribía versos, el sol de las doce, doce y cinco, cuando se decide no entrar a Procesal porque apetecía preguntarle a Paco quién era aquel cordobés que se retrataba el perfil en la primera antología de “Adonais” que circulaba de mano en mano, entre los pocos a los que interesaba la literatura en aquella Universidad.

“Manuel Alvarez Ortega. Exilio”. “Julio Aumente. El aire que no vuelve”. “Julio Mariscal. Pasan hombres oscuros”. Eran listas que leíamos cuidadosa, devotamente. “Oye, déjame algo de él”.

“Tú sabes que dejé por los sombríos muelles / la hermosa aventura de otro tiempo”. “Tanto corazón derramando en las cosas / que guarda perezosa la distancia...”

Una fotografía. (Apoyado en los hierros de un balcón. ¿Su casa? (1). Un poco de sol en la frente. Miraba fijamente). Una resumida biografía. (“Sus primeros versos y artículos los dio a conocer el año 1941...”)

Un libro que leí y releí muchas veces. (En la playa, en una de “esas ciudades de la costa” de su poema, entrecerrando los ojos por el sol fortísimo, horas y horas solitario y con sus versos, que

podía repetir al volver a mi casa, vencido por el sol de todo el día, ilusionado por aquellos libros que me presentaba Brines, uno de los cuales fue “Exilio”).

Luego, ¿qué año? ¿el 62?, una presentación rápida en casa de Solimán Salom, con “vino embotellado especialmente para Solimán y sus amigos”, y comentarios sobre un chico argentino muy simpático que se llamaba Julio Campal, que sabía lo que estaban haciendo los poetas por ahí afuera y se lo decía a los que querían y podían atenderle y entenderle.

No sé porqué, (los que se llaman críticos literarios podrían explicarlo, digo yo), pero yo siempre vi a Manolo Alvarez Ortega como un escritor que no pondría el nombre de España sin más ni más en unos versos, algo así como un poeta traducido, lejos de ese polvoriento machadismo, falso machadismo que tanto daño ha hecho a muchos años de poesía española. Lejos de esas quejas continuadas de tantos versificadores rurales, añoradores del arado y la sementera, del jornal y la gleba.

Otros escribirán en este número de “Fablas” de todos los que ahora vuelven —o volvían, no sé— sobre los contruidos brillantes azules que Alvarez Ortega y Pablo García Baena y Vicente Núñez descubrieron.

Estos últimos años, Manolo era una conversación por la tarde en el Gran Café de Gijón, con el humo literario de los que leen antologías y saben dónde vive Guillermo Carnero o qué prepara Juan Eduardo Cirlot. Estos últimos años, al fondo del café, entrando, a la derecha, con Manolo, yo he recordado aquella mañana de sol débil, universitario, en la que Paco Brines me habló de uno muy bueno, de Córdoba, que no era premio Adonais pero eso no importaba y que me dejaba “Exilio”. “Pero cuidado con las cubiertas...”

ALFONSO LÓPEZ GRADOLÍ

(1) Fotografía tomada por Jacinto López Gorgé, en el 2.º piso de la Torre Eiffel. París, agosto 1955.